

verso cesará. Esas amenazas de destronarlos y vencerlos se desvanecerán. La Naturaleza volverá á su pristina alegría y los fantasmas de los dioses del espíritu, sombras del orgullo humano, irán á perderse en el caos. Por vosotros, dioses, por vosotros peleo contra todas las fuerzas de Occidente, contra todas las victorias de Roma. Vosotros, en cambio, el día que prevalezcan mis intentos y consiga mi anhelado triunfo, debeis alzar para mi satisfaccion y vuestra defensa sobre la tribuna de los Rostros, sobre las piedras del Capitolio, sobre la Via-Sacra de los vencedores, la córte y el trono de Cleopatra.

## XII.

UN SOLDADO (*en el pórtico de un templo*).

No conozco á Antonio. Era Marte y se ha convertido en Vénus. Era el primero de los romanos y ahora aparece como el último de los mancebos. Sus manos, que podian mantener por si solas el cetro de Roma y la espada de su ejército, ahora apenas pueden soportar el pomo de esencias que embriaga á Cleopatra. El que tronaba como un dios en las batallas, debe danzar como una gaditana en las orgías. El rey de Oriente sólo merecerá ser de hoy en adelante rey de los festines.

UN EUNUCO.

Repórtate, soldado.

EL SOLDADO.

¿Qué me reporte? De nadie he aprendido á ha-

blar á mis anchas como de nuestro general Antonio. Roma podrá ser esclava; pero el campamento ha sido siempre libre. La tribuna arrancada al Foro, se ha venido á nuestras tiendas. Y como tengo la razon, murmuro, al verle alejarse de las batallas para perderse en las orgias.

EL EUNUCO.

No le insultes: que yo le enseño la filosofia.

EL SOLDADO.

¿Tú, barbilampiño?

EL EUNUCO.

Pues si la ciencia hubiese de juzgarse por las barbas, los chivos serian los seres más sábios de la tierra.

EL SOLDADO.

Ahora tienes tú razon para quejarte de mí, como ántes yo tenia razon para quejarme de Antonio.

EL EUNUCO.

¡Pobre Antonio! Despues de haber dado muerte á tanta gente, déjale que dé á nuevos seres vida.

EL SOLDADO.

Los amores criminales suelen ser amores estériles.

EL EUNUCO.

¿Quién sabe? Ya tiene algunos hijos.

EL SOLDADO.

Más fácil es averiguar el origen de los jeroglíficos de esos templos, que el origen de los hijos de Cleopatra.

EL EUNUCO.

Mira que las paredes oyen y sus ojos matan.

EL SOLDADO.

Pues si yo muerdo, porqué no me llevan á matarme á Media, imagínate el miedo que me dará

la mirada de basilisco de esa hechicera, de esa bruja.

EL EUNUCO.

Calla.

EL SOLDADO.

Si conocieras á Octavia, la mujer que ha despreciado por Cleopatra, si vieses su casta belleza, su amor desinteresado, maldecirías á la manceba infame y á su infame amante. Octavio ha querido que se fuera á su palacio, y ella se ha encerrado en el palacio de su marido, consagrándose á educar los hijos de Antonio, los habidos de su matrimonio y los habidos del matrimonio con Fulvia. Sería capaz esa heroína de educar hasta los hijos de Cleopatra.

EL EUNUCO.

Si te oyen decir esas cosas, te aspan.

EL SOLDADO.

Y tú, ¿qué esperas aquí?

EL EUNUCO.

Espero la señal de que Cleopatra ha entrado en

el templo para decírselo á Antonio, á fin de que pueda entregarse á los asuntos del Imperio, pues cuando ella está presente sólo acierta, extático, fuera de sí, á oirla y á mirarla.

EL SOLDADO.

Y mientras tanto, el rey de los medas pide el auxilio de Antonio contra el rey de los parthos; y Antonio, en vez de subir al carro de guerra, sube al lecho del placer; en vez de darnos voces de mando, con la majestad del trueno, canta como un tiple al resplandor de los banquetes; en vez de acariciar el pomo de su espada, acaricia el cuello de su manceba; en vez de oler á sangre, huele á vino; en vez de matar, ama.

EL EUNUCO.

Cleopatra ha pasado al templo.

EL SOLDADO.

Así las lechuzas se beban su sangre, los cocodrilos mastiquen sus carnes, el orco reciba su sombra y el mundo entero maldiga su nombre y su memoria.

## XIII.

CLEOPATRA (*en el templo*).

Dioses, que no se escape de mi lecho el romano, que no se escape de mis uñas Roma. Yo quiero poner Alejandria sobre todas las ciudades, poner vuestros ritos sobre todas las religiones, poner al mundo entero á vuestras plantas como un ara. Mágicos encantos, ritos litúrgicos, pronunciad vuestras palabras incoherentes sobre el escarabajo de piedra dura engarzado en oro que llevo prendido al lado del corazón, y al cual ya le he dicho: corazón mio, tú eres mi madre, corazón mio, tú eres eterno y estarás en todas mis transformaciones y metamorfosis. He leído el capítulo místico de Hermópolis, trazado con letras azules sobre un cubo de hematites. Libradme del áspid de la serpiente, cuyo veneno abrasa; haced que los cocodrilos se sumerjan espantados en el agua,

cuando yo pase; cerrad la boca de todas las fieras al abrirse contra mí, como cerrais el sagrado de vuestros arcanos; yo deseo vivir para vencer y deseo vencer para daros el dominio de la tierra, que os tiene usurpado Roma. Isis, madre mia, pronuncia las palabras que me han de dar alas para subir de un vuelo desde las pirámides de Egipto á las cimas del Capitolio. Permíteme que te demande tu virtud fascinadora y petrifique á un tiempo junto á mí el romano de corta espada y el reptil de larga cola. Sea oscura yo como la noche del Boreas cuando medite alguna emboscada, y clara como las estrellas de la mañana cuando quiera brillar ante el mundo; enrojéceme en tu luz y en tu fuego, á fin de que abraza como aristas secas á todos tus enemigos y los míos. Al que yo quiera perder, quitale la vista, para que sólo me vea á mí, y el oído para que sólo pueda escuchar mi fascinador acento. Yo sé la gnosis que me han transmitido mis padres los Ptolomeos. Yo sé llamar á los dioses por su nombre. Cuando os invoque, venid á mis sortilegios, descended á mis conjuros, identifícaos conmigo. Yo necesito que Antonio reparta entre mis hijos sus dominios; que Antonio saque su vencedora espada contra Octavio; que Antonio me lleve en su carro triunfal

hasta Roma, y me dé la corona de los dioses como le dió á César la corona de rey. Yo he agotado todas mis gracias; agotad, vosotros, vuestra magia.

LOS DIOSSES (*invisibles*).

La voz de la soledad resuena en nuestra voz; las estrellas del cielo rielan en nuestros ojos; las aguas del Nilo fluyen fecundantes de nuestros entreabiertos lábios. Nosotros somos el secreto de la creacion; nosotros el hilo misterioso que enlaza unos organismos con otros organismos y suscita el mundo animal con toda su exuberante vida, y todas sus armoniosas afinidades. Desprendidos del seno de la aurora, abrigados en los santuarios del desierto, salimos del Asia con la frente llena de misterios, para revelar cantos divinos del eterno poema de la creacion que pasa en los cielos y en la tierra. Nuestras esfinges tienen el cuerpo de tigre, los riñones del leon, la astucia de la serpiente, el rostro de las diosas y los ojos del ibis, porque salen del mundo oscuro donde se adora la materia para entrar en el mundo más luminoso donde se adora al hombre. Asi nuestra teología no está escrita en ténues palmas, que se lleva

el viento, sino en eterno granito donde puedan leerla dos continentes y todas sus generaciones. La forma humana desaparecia antes, se pulverizaba en las hogueras indias; la forma humana queda perpetuamente ahora, hosificada á la sombra de los obeliscos que señalan la ruta del sol, en las piedras de las pirámides que contienen los misterios de la eternidad, entre las largas columnas de las pintadas necrópolis, bajo la custodia de nuestras esfinges más misteriosas, las rematadas con cabezas de gavián y de carnero, cerca de los colosos, inmóviles aun como los ritos de donde proceden, pero creados ya, como ha creado y se ha agrandado la humanidad en Egipto. Pero no te lo ocultamos, ¡oh sacerdotisa de nuestros ritos, oráculo de nuestras voces, reina de nuestra tierra! una nueva idea corre como savia misteriosa desde el nenufar que flota sobre las aguas del Nilo hasta las palmas que forman el chapitel de la columna de nuestros templos. Esa idea que corre como un viento misterioso por los desiertos infinitos perturba la serenidad de nuestros templos. Los bueyes sagrados mugen, las serpientes alimentadas en el santuario silban, los perros divinos ladran, los leones rugen como si universal calentura se hubiera apoderado de todas las divinidades. Y esa idea dice que viene

un nuevo Dios, y que ese Dios va á ser de los débiles, y no de los fuertes; de los esclavos y no de los reyes. Roma, en cuyo santuario nos congregábamos para defendernos de este enemigo misterioso, Roma no ha hecho más que prepararle las vías con la espada de sus soldados, con la palabra de sus pretores, con la idea de sus jurisconsultos. El Asia entera se levanta para luchar con esta idea misteriosa que seria su muerte. Romperíanse las gerarquías en el cielo y las castas en la tierra. Los hombres entrarían audaces en nuestros santuarios para deletrear las fórmulas sagradas y lanzarlas á los cuatro vientos. Caerían los ídolos del ara y los reyes del trono. El esclavo se alzaría de su ergástula á ser igual con su señor. Y para no ver tales crímenes el sol velaría su faz, y la tierra misma, despues de desgarrarse en huracanes y en terremotos, se disiparía en los espacios, para convertirse en torbellino de aereolitos y en legión de innumerables cometas. Así, Cleopatra, practica nuestros ritos, observa nuestra liturgia, sigue nuestras ceremonias, toma todas las formas de nuestra serpiente, todas las hechicerías de nuestra mágia, todos los zumos de nuestras yerbas sagradas y dá un bebedizo á ese romano, á fin de que te entregue Roma, y el alma del

Asia se eleve como una llama eterna en la cima del Capitolio. Los que vencimos al griego Alejandro, mejor venceremos todavía al romano Antonio. Prepárate al combate, que en premio á tu conocimiento de nuestros libros y nuestras evocaciones, saldrás hoy de este nuestro templo más hechicera y más hermosa.

ORIEL (*de rodillas á la puerta del templo*).

Sér invisible, que llenas los espacios y la conciencia, apiádate de los siervos. Nuestros huesos han sido ya harto tiempo la base de todos estos templos y de todos estos tronos. Calcinados por el fuego de las ideas se levantan pidiendo, no misericordia, sino justicia. En nuestro orgullo quisimos crearnos á nosotros mismos. Y el trabajo de nuestra propia creación ha sido tan largo como el alzamiento de una montaña ó la apertura de un valle. Siglos de siglos hemos llevado sobre nuestras espaldas las piedras de los templos y de los palacios, que solo servían para calabozos nuestros, y descoyuntamiento de nuestros huesos, y evaporación de nuestras almas, y tortura de nuestra conciencia. Ya hemos pasado por todos los grados de la vida, y hemos muerto y renacido mil

veces en todas las catástrofes de la sociedad humana, siempre con la pesada argolla en la mano, y la larga terrible cadena á las plantas. Ahora que nuestra redencion comienza, porque hemos pensado y hemos combatido, sobre todo, porque hemos trabajado, no consientas á las asechanzas de una maga, á los encantamientos y sortilegios de una hechicera el detener, allá en los cielos, el espíritu creador, próximo á desprenderse como misteriosa esencia, sobre nuestro sér, que yace digno ya por sus largos tormentos y martirios de la divina visita de la libertad.

## XIV.

ANTONIO.

Escribe.

PROBO.

Por Hércules.

ANTONIO.

Escribe, repito.

PROBO.

Meditalo bien ántes.

ANTONIO.

Ó escribes, ó te cojo y te parto en dos pedazos, y los entrego á mis dos tigres.